

En Forni, Pablo y Bialakowsky, Alejandro, *Por unas ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos*. Buenos Aires (Argentina): Ediciones Universidad del Salvador.

Notas sobre un marco teórico con perspectiva relacional.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2022). *Notas sobre un marco teórico con perspectiva relacional*. En Forni, Pablo y Bialakowsky, Alejandro *Por unas ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos*. Buenos Aires (Argentina): Ediciones Universidad del Salvador.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/pablo.de.grande/69>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/Z75>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Notas sobre un marco teórico con perspectiva relacional

Pablo De Grande

La intención de este capítulo es presentar resultados de una experiencia de investigación aplicada. Se trata de mi investigación doctoral, la cual realicé entre 2005 y 2010. Para ese trabajo, a la hora de preparar el andamiaje conceptual que permitiera hacer circular los “datos” por construir en un esquema interpretativo, regresé sobre mis lecturas previas. Al hacerlo, ninguna de ellas resultaba completamente pertinente como marco de análisis o planteamiento de mi problema de investigación.

Una parte de este capítulo estará dedicada a ello, a partir de la noción de “caso teórico”, la que servirá para referir a la pequeña crisis que acontece cuando un problema no encaja adecuadamente en modelos disponibles. Cuando esto ocurre, existen dos grandes caminos posibles. El primero consiste en modificar el planteamiento del problema, poniendo la investigación en los términos de una teoría conocida. El segundo supone mantener fijo el problema, combinando teorías o produciendo nueva teoría que permita describirlo. Ese punto de inflexión, que puede hacer necesario encontrar nuevos equilibrios entre empiria y teoría, merece una reflexión. Es importante destacar que no nos referimos aquí a las teorías que pueden emerger como resultado de la misma investigación, sino que por caso teórico aludimos al *status* que gana un proyecto de investigación cuando no logra ser fundamentado teóricamente de un modo trivial, y pone en tensión la teoría disponible.

La perspectiva relacional es otro elemento central para este relato. Quería comprender a mis actores considerando sus interacciones cotidianas, evaluar cómo se alteraban los sentidos, balances y causalidades de las personas investigadas. Existían líneas de investigación —como el interaccionismo simbólico de Erving Goffman (1971)— que habían hecho de las interacciones su objeto de análisis, pero inscribirse en ellas implicaba olvidar nociones centrales en teoría social, como la idea de clase social o de estructura social. Si me ceñía, por

ejemplo, a los aportes de Robert Merton (1980), el rol de un puñado de personas cosmopolitas e influyentes puede ser decisivo en el acceso de una comunidad a cierto tipo de información. Si, en cambio, me apoyaba en Pierre Bourdieu (1998) y sus evidencias correlacionales entre la posición de clase y las prácticas de consumo cultural, rápidamente abrazaría la idea de que el capital cultural adquirido en la infancia (la posición de clase) es lo que moldea las chances de acceso a información. La perspectiva relacional que quería poner en práctica debía ser compatible con otras explicaciones no explícitamente relacionales pero legítimas de teoría social.

A mi criterio, entre los sociólogos más destacados del siglo xx, quien mejor concilió estos objetivos fue Norbert Elias (1982). Desplegó una crítica abierta contra una sociología donde los individuos fueran imaginados con independencia de sus relaciones. Su trabajo sobre las transformaciones históricas de sentimientos tales como el pudor o la ira es un antecedente fundamental para estudios que relacionan aspectos histórico-estructurales con las dinámicas de los sentidos subjetivos y la emotividad (Elias, 2006). A pesar de todo esto, sin embargo, en cuanto a los objetivos de mi investigación, percibí que en la obra de Elias no había modelos “reutilizables” para el análisis de clases, ni aproximaciones a las estructuras subjetivas que yo quería investigar. Ambos grupos de fenómenos eran importantes para mí y parecían tener que abordarse a partir de otras fuentes teóricas.

Pensar retrospectivamente sobre este proceso de investigación me condujo a que los conceptos de “caso teórico” y de “perspectiva relacional” podían ser utilizados para desarrollar algunos aspectos fructíferos de esta experiencia de investigación. Quizás uno y otro podrían ser elaborados en forma independiente, pero creo que no es fortuito que ambos se me hayan presentado en forma simultánea. Para dedicarme a ellos, haré algunas consideraciones sobre uno y otro en las siguientes secciones, para luego exponer el resultado teórico de la experiencia antes referida.

El caso teórico

Cuando Foucault y Deleuze (1980) dijeron que la teoría debería ser tomada como una “caja de herramientas”, reforzaban una idea que

no era nueva, sino a veces en desuso, acerca de que cada investigación debe construir su esquema explicativo, y que ello puede ser hecho aprovechando en forma pragmática teorías existentes. Dos ideas se deslizan a partir de esa metáfora: las teorías no deben guiar dogmáticamente las tareas de investigación; las teorías deben evaluarse en términos de su utilidad. Esta idea de que las teorías son “herramientas para pensar” también la encontramos en otras discusiones metodológicas, no necesariamente ligadas a posiciones posestructuralistas (Rule y John, 2015). En ambos casos, aparece asimismo la imagen circular de una realimentación entre teoría y práctica: la teoría antecede y a la vez proviene de la práctica (como una serie de saltos sucesivos en Foucault y Deleuze [1980] y como la distinción entre “teoría para [el caso]” y “teoría del [caso]” en Rule y John, [2015]).

A esto cabe agregar también que existe un interjuego entre los investigadores y la teoría disponible: según Anfara y Metz (2015), entender una teoría implica un desplazamiento en las propias estructuras mentales (p. 14). Por una parte, este desplazamiento hace que las teorías no puedan ser solamente consideradas “generalizaciones de la experiencia” (como en Alexander, 1989), sino que son a la vez formas situadas de organizar la memoria, modos que responden a condiciones de enunciación de un discurso (la teoría) y a una inscripción en códigos que restringen y guían esa enunciación (Benveniste, 1999; Foucault, 1999). Por otra parte, si las teorías están subordinadas a las necesidades actuales de su puesta en uso, cada investigación (cada problema de conocimiento por resolver), en potencia, puede reconocerse como diferente a cualquier otra respecto de los requerimientos teórico-explicativos que de ella puedan suscitarse. Si bien esto aparece como posible, podemos saber por experiencia práctica que muchos proyectos de investigación avanzan compartiendo o retomando marcos teóricos ya utilizados.

Decidir entre echar mano de un marco conceptual ya existente, o construir uno nuevo, nos sitúa frente a una primera definición de caso teórico. Llamaremos así al contexto en que el planteo de un problema de investigación conduce a un investigador o a un equipo de investigadores a construir una nueva combinación singular de teorías para poder dar cuenta de las preguntas y relaciones que dicho problema

busca dilucidar. La *construcción* de un marco teórico (a diferencia de la *elección* de un marco teórico) está asociada en la bibliografía canónica a un trabajo de ensamblaje conceptual que nos conduce a pensar en la teoría disponible más como una caja de tornillos, engranajes y planchuelas que propiamente como una caja de herramientas. Si las herramientas sirven para resolver necesidades, las teorías preexistentes sirven en cambio como insumo, como pieza, de los esquemas teóricos que emergen en las nuevas explicaciones que cada investigación produce.

Esbozada esta primera definición, podré comentar por qué creo que el elemento que hizo aparecer a mi investigación como un caso teórico (como un proyecto necesitado de una nueva combinación de teoría) fue la defensa de una perspectiva relacional.

La perspectiva relacional

Por perspectiva relacional entiendo un modo de abordar un trabajo de investigación según el cual los procesos analizados son descriptos considerando las dinámicas de la interacción entre los diferentes actores involucrados. En ciertos casos, una perspectiva relacional puede manifestarse por el interés en los intercambios entre diferentes agentes; en otros, por las redes estables de relaciones afectivas o funcionales. Pero, con independencia del contenido y la forma con que se materialice, la perspectiva relacional se distingue por representar a los actores sociales no solamente como poseedores de capitales, atributos, habilidades y creencias, sino activamente participando en acciones referidas hacia otros en un campo de sucesivos y muchas veces recíprocos contactos e intercambios (Crossley, 2001; Degenne y Forsé, 1999; Goffman, 2006; Lee y Campbell, 1999). En estos enfoques, se visualizan redes de actores, tipos particulares de intercambios y de significación, y procesos de formación de vínculos como claves explicativas centrales (Burt, 2000; De Federico de la Rúa, 2003; Forni y Nardone, 2005; Goffman, 1972; Granovetter, 1983).

La centralidad de las relaciones sociales y la interacción en la teoría sociológica clásica, tuvo su contrapunto en líneas teóricas y de investigación que llevaron, especialmente en la segunda mitad del siglo xx,

hacia el estudio de categorías y “estructuras” que parecían explicar “lo social” sin dedicar especial atención a las interacciones. La caracterización de la estructura social por esquemas de clases y cortes etarios, sumando a explicaciones voluntaristas (o, en el otro extremo, culturalistas), dejaron poco terreno a la indagación de las relaciones interpersonales. De este modo, a lo largo de todo el siglo xx, conviven fuerzas que niegan toda importancia a las relaciones sociales e interpersonales en la investigación social, con esfuerzos amplios y sostenidos por la defensa del componente relacional en las explicaciones sociales (Elias, 1982; Fischer, 1982; Goffman, 1971; Moreno, 1962; Powell y Dépelteau, 2013; Simmel, 1902).

En la investigación que da origen a estas reflexiones, mi territorio académico era el de la investigación cuantitativa, en la cual las fuentes (censos de población, encuestas de hogares) utilizadas invisibilizaban la interacción como nivel observable de la experiencia intersubjetiva. De este modo, sostener una perspectiva relacional implicaba al mismo tiempo una dificultad en el nivel de los “datos” y en el nivel de la teoría. Las discusiones del capital individual (humano, económico y cultural), los estudios de movilidad social y la indagación de las “estructuras de oportunidades” (los campos con los que dialogaba mi investigación inicialmente) enlazaban la estructura con los sujetos usualmente sin pasos intermedios por ninguna forma de relación interpersonal como causa operante o factor relevante.

Mi investigación

Daré más detalles, resumidamente, sobre la investigación a la que hago referencia. El trabajo de redes personales en el cual la interacción (entendida como la sociabilidad interpersonal cotidiana) quiso ser puesta teórica y empíricamente en relación con la estructuración y con la subjetivación trataba sobre la libertad individual (De Grande, 2019). El interés estaba puesto en saber, en primer lugar, si la percepción de tener libertad de acción en la vida personal variaba según los vínculos con los que cada persona entraba en contacto diariamente. Era conocido que esta percepción variaba según la “posición de clase” (su capital económico y educativo), pero la existencia de esa relación decía poco de cómo era el pasaje desde esa posición a ese estado subjetivo de con-

ciencia. Asimismo, tampoco informaba sobre los efectos que en dicho pasaje podían tener las interacciones cotidianas.

No se trataba en consecuencia de estudiar solamente cómo las personas tenían o no interacciones o relaciones estables con otros, sino de indagar en cómo esas interacciones mediaban, afectaban y se organizaban respecto de sus anclajes sociales de mediana y larga duración (estructura) y de sus representaciones y afectaciones respecto a su propia libertad de acción (subjektividad). En el nivel de la estructura, esta investigación tomaba como referencia los niveles de capital económico y de capital cultural de los participantes. En el nivel de las relaciones, se analizaba la composición de su red personal de vínculos de apoyo (a quiénes podía recurrir en caso de enfrentar problemas; qué vínculos tenía con esas personas; con qué frecuencias se veían; qué edades tenían; etc.). En el nivel de las representaciones, se indagó en el grado en que estas personas sentían tener libertad de actuar sobre sus mundos circundantes. En este marco, se buscó responder a preguntas tales como si la cantidad de amistades ampliaba la percepción de libertad que las personas tenían de sí mismas; o si un mayor capital cultural se asociaba con más vínculos o con vínculos a mayor distancia geográfica. De igual modo, se observó la relación entre los niveles de capital económico y cultural con las variaciones en la percepción de libertad.

El marco empírico-metodológico sobre el que se trabajó fue la población de siete grandes centros urbanos de la Argentina, en los cuales, a partir de una encuesta representativa de hogares, algunos de estos aspectos podían ser indagados. Para 2006, se dispuso un módulo de redes personales que permitiera estimar algunos indicadores de las interacciones de los participantes. Junto a métricas de posición social y creencias subjetivas, este módulo permitió aproximar información respecto a cómo los niveles estructurales, relacionales y subjetivos aparecían en conexión. Como no quería considerarse a priori que las relaciones “determinaban” la posición de clase o que, a la inversa, la clase debía tener una relación de causalidad necesaria sobre los demás niveles, se hizo necesario identificar qué estatus teórico debía tener la interacción, la estructura y la subjetivación a la hora de ser utilizadas conceptualmente en el análisis.

Reaccionar al caso teórico

Si bien la primera certeza en el diseño de la investigación fue que las teorías disponibles no daban cuenta adecuadamente de los tres niveles de análisis que eran de interés, actualmente creo que la explicitación de tales niveles puede ser de utilidad para la resolución de otros casos teóricos (para la construcción de otros “marcos”). Por esta razón, me interesa desarrollar los tres elementos mencionados, más un cuarto, que es el problema de la escala. Es a partir de ellos que elaboré mi esquema para dar cuenta de las preguntas de investigación, el cual se presenta más adelante.

Los tres niveles de análisis

Al intentar conceptualizar el problema, resultaba una limitante que los diferentes modelos teóricos disponibles en teoría social tendieran a enfocarse alternativamente en algunos de los tres niveles que identifiqué como relevantes: la estructuración, la interacción o la subjetivación. Si trabajaban en el nivel de las representaciones de los actores, poco decían de sus interacciones; si reparaban en sus interacciones, poco decían de su posición social en términos de clase, y así sucesivamente.

En algunos casos, la clase social era el condicionante del comportamiento individual. La estructura social situaba en sus posiciones a actores estratégicos, como en la teoría de los campos (Bourdieu, 1998), donde, incluso con la libertad relativa de juego que estos actores tienen, se llega antes o después a un análisis de clase que, para una situación dada, explica “desde la estructura” la coyuntura social en su conjunto (Wright, 1985).

Desde otras perspectivas, se hacían visibles también posiciones teóricas que, desencantadas con las explicaciones que asumen pertenencias plenas de los actores a identidades, clases, grupos etarios, colectivos de género o cualquier otra forma de categoría clasificatoria, resaltan la necesidad de verlos como miembros de redes o configuraciones sociales, buscando captar el nivel subjetivo a partir de la experiencia y el devenir en estas tramas (Elias, 1982; Scott, 1991). En estos modelos, si bien se introduce el nivel de la interacción, relativamente ausente en los anteriores, la importancia de entidades de largo aliento queda rápidamente desdibujada.

Están las relaciones, pero no se describen sus lazos con estructuras de más larga duración.

Finalmente, un tercer grupo de trabajos, de corte más interaccionista, sitúa su campo de indagación en las interacciones entendidas en términos locales (cara a cara), desde un lugar más marcadamente subjetivo de los actores (Goffman, 1971), pero dejando poco espacio para dar cuenta de la relación de esas interacciones y esa subjetivación con estructuras más duraderas o extendidas. Está presente la subjetividad, en buena medida la interacción, pero no aparecen las estructuras históricas e institucionales que condicionan al menos parcialmente a las interacciones. En consecuencia, ninguna de estas líneas parecía permitir distinguir en simultáneo la existencia de estos tres grandes grupos de mecanismos sociales, a los que, sin embargo, la bibliografía social en su conjunto detalla en forma recurrente y exhaustiva.

En mi investigación, los tres niveles de fenómenos referidos fueron representados como coocurriendo, cotidianamente y en simultáneo. De hecho, su carácter articulado implicaba que no podían darse por separado. La interacción no ocurre sin estructuras tales como el lenguaje, las carreteras, la escritura o los medios de telecomunicación (no necesariamente todos a la vez, pero siempre algunos). La subjetivación construye sentido en referencia presente o pasada a interacciones y estructuras, y así recíprocamente entre los tres niveles.

Asimismo, es preciso resaltar como una característica de este esquema el hecho de que los procesos de la estructuración, de la interacción y de la subjetivación —en un determinado contexto social— nunca cesan. Consecuencia de ello, no cabría ensayar un análisis que sugiera que en un cierto período de tiempo se “construyen las estructuras”, mientras que en otro “se interpretan subjetivamente”, y en algún otro momento anterior o posterior ocurren interacciones.

Creo que es relevante poner en común cómo cada uno de ellos fue formulado, pues fue el punto de llegada de este proceso de construcción teórico que permitiera sostener una perspectiva relacional sin supeditar o reemplazar un bloque de teorías (por ejemplo, las teorías de la estructuración) por otro conjunto igualmente productivo de teorías (por ejemplo, las teorías de la interacción). Para ello, presento a conti-

nuación la forma que tomó cada uno de los tres niveles en términos de bibliografía, autores y formulación.

Nivel de la estructuración

El nivel de la estructuración resume gran parte del trabajo hecho por la sociología durante el siglo xx, el cual se orientó a dar cuenta de cómo las acciones humanas presentes dejan rastros que condicionan vidas posteriores de otras personas. Es decir, que en el tiempo y en el espacio las personas no actúan en la nada, sino que, por el contrario, al hacerlo lidian y se benefician de elementos previamente existentes, creados también en muchos casos por otras personas.

Estas marcas de la acción humana forman, a diferencia de lo que ocurre con otras especies (Callinicos, 1987, p. 38), construcciones particulares, variables y complejas, que van desde la disponibilidad de caminos, edificios y monumentos, hasta la reglamentación de formas de comerciar, trabajar o comportarse. Los puentes y las carreteras pueden ser ejemplos muy visibles de estructuración, pero igual o más estables que ellas son las formas de asociación y de estratificación sociales: las zonas urbanas no solo son áreas, sino que en la práctica usualmente permiten distinguir “barrios marginales” de “barrios obreros” o espacios comerciales de industriales.

La referencia general a la noción de “estructura” en teoría social es sin dudas muy amplia (Martínez, 1999) y puede remitir a elementos tan heterogéneos como “la estructura del lenguaje”, “las estructuras de oportunidades”, “la estructura productiva” o “las estructuras relacionales”, entre otros. A los fines de este capítulo, acotaremos su sentido principalmente a la estructura en términos de estratificación social. La presencia de estructuras estables a lo largo de la historia de las diversas sociedades ha dado lugar al estudio de algo más específico: la “estratificación social”.

Por “estratificación” se hace referencia a la presencia de un ordenamiento jerárquico en el que la conformación de grupos o sectores sociales deviene en un orden desigual de conjuntos poblacionales y espaciales con acceso diferenciado a los recursos o beneficios producidos por la sociedad en su conjunto (Sorokin, 1927/1998, p. 11). Estos estratos o grupos estratificados se vinculan, a su vez, con atribuciones

diferenciadas de prestigio o poder social (Martínez, 1999, p. 24). Así, las sociedades a lo largo de la historia permiten reconocer en ella mayores o menores grados de segmentación y de jerarquización social.

En el caso de las sociedades modernas, una característica general es la preponderancia de la estratificación por clase social como forma de organización principal de la distribución de poder y estatus (Giddens, 1999). Esta forma de estratificación por clase social se apoya en relaciones de tipo impersonal (alguien puede ingresar en una determinada clase por ocupar un tipo de puesto laboral, no necesariamente por una relación personal), en las que lo económico-profesional resulta el principal factor para determinar la posición, y en la gran mayoría de los casos los individuos no tienen vedada normativamente la movilidad social (la posición social no está reglamentada ni es fija desde el nacimiento) (Giddens, 1999, p. 318).

Entre los padres fundadores de la sociología, Karl Marx y Max Weber se disputaron el sentido de la interpretación de los mecanismos de adscripción de clase. Marx sostuvo en diferentes partes de su obra que la clase social es una categoría que vincula a un conjunto de personas por su posición respecto al aparato productivo (Bourdieu, 2002). Esta relación con los medios de producción haría inteligibles sus intereses. Sin embargo, cabe agregar que esta definición, eminentemente objetiva y económica, se complejiza en Marx (1847/1987, 1852/2003) con la preocupación por la idea de la "clase para sí". Por medio de esta noción analiza los procesos de "toma de conciencia", pero también de construcción de alianzas y de sentido, de los colectivos que en pos de alterar una situación de clase actúan en el plano de la reivindicación política (Santana, 2003). De esta forma, si bien Marx mantiene su posición en cierto modo esencialista por la cual una persona y un grupo tendrían intereses que se derivarían de su posición de clase en la estructura productiva (de su clase en sí), reconoce en la historia pliegues y procesos que dan cuenta de relaciones complejas entre tales posiciones y las representaciones y acciones que los sujetos concretos pueden elaborar a partir de ellas.

Weber, por su parte, toma como punto de partida las elaboraciones de Marx para mantener la clase social como una categoría descriptiva de la posición económica de los sujetos (dirá Weber: "por

su posición en el mercado”, no en el aparato productivo [1922/1998, p. 684]), pero incorpora una dimensión de estratificación adicional, y parcialmente independiente, que llamará “estamentos”. Los estamentos — a diferencia de las clases — se componen de grupos de personas que constituyen comunidades (sus miembros se reconocen como tales) y consisten en colectivos de personas que reclaman para sí, típicamente con éxito, un estatus particular derivado de alguna característica individual o grupal. De esta forma, los estamentos señalan la existencia de esquemas de pertenencia que se articulan con el orden económico, pero responden a una lógica diferenciada de este. Los estamentos, dice Weber, pugnan cada uno por el reconocimiento social de su estatus. Si el orden económico se identifica con mecanismos impersonales y de oferta y demanda para luchar por el acceso a bienes o servicios de mercado, el orden social se distingue de ellos apelando al reconocimiento de adscripciones y pertenencias de tipo personal y honorífico, desestimando el dinero como vía de acceso a posiciones y reconocimiento.

Los anclajes estamentales, según Weber, se organizan a partir de estilos de vida que, a través de sus rutinas, sitúan a las personas en espacios específicos y propician la difusión de creencias compartidas. De este modo, una posición estamental común a muchos individuos supone el pasar tiempo juntos, o junto a personas de similar posición (Weber, 1998, p. 692).

El autor señala, en esta definición, el carácter intrínsecamente dependiente que la posición de clase y la posición estamental tienen una respecto de la otra, indicando sus interdependencias. La clase social — la posición que ocupa una persona en el mercado — responde en gran medida al despliegue de su estilo de vida: a sus aprendizajes personales y profesionales, a sus intereses y recursos, y, últimamente, a sus relaciones e interacciones. De esta forma, la posición de clase se sustenta en capacidades que no pueden explicarse ni obtenerse plenamente en intercambios de mercado. Pero, al mismo tiempo, la posición estamental — la jerarquía alcanzada en el orden social — da cuenta de estilos de vida que con frecuencia devienen costosos cuanto más reconocidos sean. Si bien no son pocos los ejemplos en que una práctica jerarquizada sea honorífica y una sin prestigio sea costosa,

hay en términos generales una correlación positiva entre el costo de los estilos de vida y su ubicación en la escala de la estratificación social. De esta forma, al mismo tiempo que los pasatiempos, pero también las formaciones profesionales, la vestimenta y los consumos culturales de las clases más “altas” (en sentido estamental) tenderán a correlacionarse con actividades, carreras, materiales y formas artísticas más abstractas y costosas en términos de tiempo y dinero, serán también estas posiciones las que con frecuencia — según señala Weber (1998)— darán oportunidades privilegiadas de acceso a negocios económicos particularmente rentables.

A partir de esta configuración teórica fundacional, pueden reconocerse otros aportes que alimentan la comprensión de la estratificación social, como los trabajos de Anthony Giddens (1973, 1999), Olin Wright (1985, 1996) o Pierre Bourdieu (2000, 2005), entre muchos otros. La desigualdad, concepto más generalizado recientemente en el uso corriente, es legataria de esta idea de estratificación, en tanto refiere al señalamiento de distribuciones en algún sentido desiguales — en términos de “injustas” — de recursos, posiciones o valoraciones a lo largo de una serie de grupos de personas.

Sin embargo, para la presentación del modelo de análisis que se presenta aquí, el detalle de sus aportaciones desborda el interés particular de ponerlo en contexto con los demás niveles. Es prioritario, en cambio, captar la fuerza explicativa que han tenido y tienen, para una gran diversidad de fenómenos, las formas estables de las construcciones humanas y sociales. De los sistemas de transporte, a la comunicación y el trabajo, pasando por los mercados de intercambio y los modelos de producción artística y cultural, muchas estructuras de mediana y larga duración aparecen “por debajo” de los fenómenos investigados y les proveen de escenarios, herramientas, formas de proceder y pautas valorativas que no podrían explicarse plenamente por la interacción o la experiencia subjetiva. Poder reconocer, identificar, tratar teórica y empíricamente estas estructuras en nuestros trabajos de investigación es, en el marco de este modelo a tres niveles, prioritario y necesario para la comprensión de los problemas del estudio por abordar.

Nivel de la interacción

La interacción es, en cierto modo, sinónimo de “lo social” en la sociología clásica y en la teoría social en general. Al decirse que el hombre es un ser social —o que una ciencia es social, que estudia lo social—, sus padres fundadores no podían ver otra cosa que la inconfundible presencia de la interacción. Las personas nacen, viven y mueren entre otras. El aspecto “social” de las personas es, justamente, el estar, ser y hacer con otros sus deseos y necesidades.

Por esta razón, es menester matizar el carácter novedoso en términos teóricos de las nuevas perspectivas relacionales. En la sociología clásica, la interacción ocupaba el centro de la escena. Emile Durkheim y Gabriel Tarde, desde la temprana sociología francesa, plantearon contrapuntos de los cuales el protagonismo del vínculo interpersonal es, sin embargo, una constante. En el caso de Durkheim, el lazo social, como vehículo de socialización y de cohesión social, es vital en el mantenimiento de todo colectivo humano. La cohesión derivada de esta integración social es una precondition en este autor para el desarrollo de actividades económicas de producción e intercambio, o de cualquier otra índole (Durkheim, 1897/2006). Este orden social se apoya para Durkheim en una comunidad moral interpersonal de valores, que antecede a cualquier otra forma posible de intercambio. Tarde, por su parte, si bien coincide en el carácter contractual del lazo social, difiere con Durkheim en el rol que tendría la complementariedad de índole económica en la imbricación social. Sostiene que es la atracción hacia lo semejante y la voluntad de hallar aquello que imitar (en el sentido de ‘replicar’, pero también de ‘obedecer’) lo que moviliza al hombre social en términos colectivos (Tarde, 2011, p. 43).

En el campo de autores alemanes, Max Weber (1998, p. 20) apoyó su análisis de la acción social en el aspecto específico de estar referida a otro: lo social aparece cuando un individuo considera a otro en su curso de acción. Este concepto de acción se enlaza luego con su preocupación por cómo se articula la acción coordinada de muchas personas, pregunta que lo conduce a sus aportes tan conocidos sobre la dominación (entendida como obediencia no coactiva) y sobre sus marcos estables de legitimidad. El orden burocrático, también descrito como un tipo de fenómeno interpersonal, es solo otro ejemplo

de las muchas construcciones conceptuales en las que encontramos a Weber (1998, p. 718) planteando su sociología como una sociología de las dinámicas interpersonales y de la interacción.

Palabras similares pueden usarse para describir los aportes de Georg Simmel (1898, p. 663), quien contemporáneamente a Weber entiende a la sociología como el estudio de las formas en que las personas resuelven colectivamente metas. Si estas metas, como la religión, la caza, la educación o la producción, pueden ser contenidos a los que disciplinas específicas pueden dedicarse, la sociología dará cuenta de cómo todos esos objetivos son perseguidos de un modo común y socializado. El análisis de la puesta en socialización de actividades es uno de los objetos centrales de su sociología (Simmel, 1917/2002).

Sin embargo, que la sociología clásica haya puesto sus fundamentos en esta base no fue suficiente para evitar que la investigación social se haya dedicado progresivamente, en particular hacia final del siglo xx, al estudio de categorías y estructuras que parecían explicar lo social sin especial atención a las interacciones.

En consonancia con tales tendencias, comenzamos el siglo xxi, por citar solo un efecto de esta deriva, con oficinas estadísticas que a nivel nacional —y es así en la mayoría de los países con oficinas estadísticas— realizan censos y encuestas de condiciones de vida de sus poblaciones en los que no se incluye siquiera una sola medida de las interacciones interpersonales de las poblaciones bajo estudio. Esta convicción demográfica de la irrelevancia de las interacciones cotidianas (que también acompaña muchos estudios en educación, salud y otras áreas) bien puede entenderse al menos parcialmente como el resultado de dos fuerzas operantes sobre la producción científico-social.

Por un lado, señalamos la fuerza del atractivo —por su simpleza— de las explicaciones que puedan atribuir la causalidad a grandes actores, estructuras sociales o “contextos” (sea por la estructura de clases, por la normativa, por el contexto internacional o cualquier otra abstracción). Tenemos allí la atracción de los grandes relatos por los grandes complots (Latour, 2008, p. 238). Por el otro, nuestra cultura busca imprimir a los logros individuales y a la noción de individuo en general un peso singular, sobrevalorando como consecuencia cualquier explicación que pueda poner en los hombros de las trayectorias indi-

viduales la explicación de los resultados sociales agregados (como en la historiografía de grandes hombres, o las imágenes del capital humano que explican las trayectorias personales) (Elias, 1982).

Cabe señalar que, a lo largo del siglo xx, a pesar de las tendencias mencionadas anteriormente de invisibilización de las relaciones en las explicaciones sociales, varias iniciativas agregaron densidad al conocimiento sobre la sociabilidad y las interacciones. La Escuela de Chicago, en las décadas del veinte y del treinta, tuvo el mérito de llevar adelante investigaciones sistemáticas desde el campo sociológico en las que se mostraba que las interacciones cotidianas de los actores podían explicar elementos centrales de la fragmentación urbana (Gravano, 2005). A través de trabajo etnográfico, echaron luz respecto a cómo los residentes de barrios marginales de grandes urbes estadounidenses visualizaban sus opciones de movilidad social, mostrando cómo eran dinámicas de intercambios y sentidos locales las que hacían inteligibles sus trayectorias laborales y personales (Piovani, 2011; Whyte, 1943/1958).

Otro importante soporte teórico y empírico a la interacción fue dado por los autores de la teoría del intercambio en las décadas de 1950 y 1960, entre los que se destacan los trabajos de Peter Blau (1982) y de George Hommans (1958). El primero, desde el campo de la sociología, y el segundo, desde el la psicología social¹, elaboraron esquemas a partir de los cuales considerar la sociabilidad como un mercado de intercambios demorados y desplazados. Así, introduciendo una preocupación por los equilibrios subyacentes a la vida social, caracterizaron mecanismos que organizarían las lógicas de la continuidad, interrupción o refuerzo de las relaciones interpersonales entre personas en diferentes contextos. Por medio de sus trabajos, se desarrolla la idea de que, si bien muchas acciones sociales parten de principios de solidaridad y emotividad (no operan por un interés material), estos principios podrían en cualquier caso responder a equilibrios retributivos (así las “deudas” serían “pagadas” en otras formas, o en otros

¹ De psicología social también cabe mencionar, en conexión con el problema de la interacción, los trabajos sobre sobre endogrupo y exogrupo (Allport, 1954/1977, capítulo 3), sobre las tríadas y los grupos (Thibaut y Kelley, 1959), sobre grupos primarios (Cooley, 1929) y de sociología, la noción de grupo de referencia (Merton, 1964).

momentos en el tiempo), y su ruptura no podría darse sin costo para quienes las provocan (Morales Domínguez, 1978).

Por último, cabe sumar entre quienes ayudaron a la mejor comprensión de la interacción social a la comunidad de “analistas de redes sociales”. El campo del análisis de redes sociales que ellos nutren se postula como un espacio interdisciplinario dedicado al análisis de las estructuras en forma de red, ya sea que estas puedan observarse en ámbitos sociales, biológicos, físicos, computacionales u otros. Esta línea metodológica del análisis de redes (Scott, 1991; Wasserman y Faust, 1994) reconoce su origen en los sociogramas de Jacob Moreno (1962), los cuales han crecido en complejidad para derivar en la construcción de una teoría de los “grafos” (formas de representación visual de indicadores) y de indicadores cuantitativos pasibles de ser calculados a partir de las matrices de relaciones de los miembros de una red (Molina, 2001).

De este campo relativamente amplio de estudios, se deriva un subcampo interesado en las relaciones humanas e interpersonales (Degenne y Forsé, 1999), desde el cual se han desplegado encuestas de lazos interpersonales a diferentes escalas y en varios países (Burt, 1984; De Grande, 2019; Fischer, 1982; Wellman, 1998). Este espacio de la investigación sobre redes personales guarda a su vez estrecha relación con dos grupos de estudios que, a pesar de tener su autonomía, se apoyan en la noción de red personal para su armado conceptual. Ellos son los estudios sobre apoyo social (Barrón López de Roda y Sánchez Moreno, 2001; Castro, Campero y Hernández, 1997; Lin *et al.*, 1979) y los estudios sobre el capital social (cuando es entendido desde la perspectiva de las redes interpersonales, como en Lin [2001], Bagnasco *et al.* [2004], Forni y Nardone [2005] y Van der Gaag [2005]).

Hasta aquí se han presentado sucintamente varios de los esfuerzos en teoría social y sociología, en pos de abordar las relaciones como objeto de indagación. En este sentido, así como respecto al nivel estructural, el modelo de análisis propuesto plantea el desafío de identificar los anclajes estructurales que son significativos para cada investigación, las múltiples dimensiones de la interacción (la barrial, las redes personales familiares y de amistad, el capital social, las dinámicas de intercambio social, las dinámicas grupales) son claves para rastrear en

un campo de investigación los fenómenos de interacción y relaciona-
lidad que se muestren como relevantes para las preguntas planteadas.
En consecuencia, tal como se planteó al introducir el modelo, se trata
de un enmarcamiento teórico que busca propiciar una mirada multi-
nivel en los términos conceptuales antes expuestos: visualizar en la
investigación estructura, interacción y subjetivación.

Nivel de la subjetivación

Al igual que en los dos niveles descriptos anteriormente, en la subje-
tivación se agrupa un conjunto de teorías sociales no necesariamen-
te homogéneas o coherentes entre sí. Sin embargo, si tuviéramos que
distinguir un elemento en común en el caso de la subjetivación, este
sería el de ser un conjunto de modelos teóricos o explicaciones que
abordan lo social desde el “yo”. Desarrollan un grupo de problemas
tomando como punto de mira al individuo, explicando desde allí la
ocurrencia de mecanismos propios o interpersonales de acción, signi-
ficación o comunicación.

En la sociológica clásica, este modo de análisis está por lo general
presente solo de manera provisoria. Podemos recuperar, por ejemplo,
a Durkheim interrogándose por cómo una persona decide quitarse la
vida o a Weber preguntándose por cómo alguien decide obedecer a
otro, pero rápidamente en ellos (al igual que en Tarde, al hablar, por
ejemplo, de la imitación) la explicación se expresa en estructuras o
esquemas supraindividuales —y en muchos casos impersonales—,
como la división del trabajo social, las formas típicas de legitimidad o
los haces radiales de imitación.

En autores algo más tardíos, sí encontramos explicaciones que
sostienen el lugar subjetivo —en este caso, en el sentido de “a escala
personal” — por más tiempo, sin por ello desplazarse a un terreno psi-
cológico (en las metas de la explicación) ni antropológico (sin super-
ponerse, por ejemplo, con la etnografía).

En este sentido, si bien algunos trabajos del campo de la psicología
social guardan gran proximidad con el problema de la subjetivación
tal como ha sido abordado desde la sociología, pueden advertirse di-
ferencias de enfoque. Si tomamos como ejemplo la obra *La naturaleza
del prejuicio*, donde Allport (1977), desde la psicología social, observa

cómo se valora negativamente a otras personas en prácticas discriminatorias, la preocupación por el devenir histórico en interacción con la subjetivación no tiene la presencia que acompaña trabajos como *El proceso de la civilización*, de Norbert Elias (2009). La noción de “generalidad” de la explicación en sociología se enlaza con un contexto histórico y social de nivel barrial, nacional o regional, en tanto que, en el caso de Allport, la generalidad está más vinculada a la búsqueda de universales válidos para la “especie humana”².

Para completar brevemente esta sección, a continuación vamos a presentar el caso del ya mencionado Norbert Elias, así como puntualizar algunos aportes de Erving Goffman y Arlie Hochschild.

Norbert Elias publica en 1939 su obra *El proceso de la civilización*, la cual solo muy tardíamente recibió atención fuera de Alemania. En esta obra, a través de un estudio sociohistórico, Elias investiga los cambios progresivos en la conducta social de las clases aristocráticas desde el Renacimiento (Urteaga, 2013). La preocupación teórica de Elias estaba puesta en comprender cómo las regulaciones de los comportamientos cotidianos se ajustan a procesos históricos complejos que redundan en la conformación de disposiciones emocionales y psíquicas novedosas (2006, p. 109). La vergüenza, el pudor, la ira son algunas de las emociones que aparecen en su investigación como el producto social de una serie de mecanismos que operan incidiendo en la significación subjetiva de las reacciones y sentimientos personales. Los cambios en las estructuras económicas y políticas, modulados por la profusión del comercio y la moderación de la guerra, muestran sus efectos en la producción de actores sociales que crecientemente aumentan su autocontrol emocional y su apego a las normas de cortesía.

² No introduciremos aquí ni las discusiones sobre la agencia como un caso de abordaje de la subjetivación ni los usos de Michel Foucault del término. Respecto de lo primero, en la mayoría de los autores, es un recurso teórico que ingresa en las explicaciones por la fuerza, afirmándose en forma directa o indirecta que, “a pesar de todo, los actores tienen agencia” (punto de llegada que es extraño por ser en definitiva un a priori de las ciencias sociales; o, dicho de otro modo, ¿por qué los estudiaríamos como actores sociales si no la tuvieran?). En el caso de Foucault, quizás por su anclaje disciplinar, sus reflexiones sobre la subjetivación no parecen formar parte de una teoría o una metateoría de lo social — como nos interesa hacer aquí —, sino solamente del poder.

Así como Elias puso especial atención en la relación entre el devenir histórico y su incidencia en la formación de valores y disposiciones emocionales particulares, Erving Goffman tuvo su preocupación en las acciones conscientes orientadas a controlar los efectos del propio comportamiento en las interacciones, y en los mecanismos que organizan las dinámicas intersubjetivas. Una de sus obras más reconocidas fue *Estigma, la identidad deteriorada* (2006), donde analiza los procesos de la valoración negativa que unas personas pueden hacer de otras según atributos relativamente arbitrarios de su cuerpo, su identidad o su personalidad. A lo largo de la obra, se explicita el carácter consciente —aunque no por ello plenamente bajo control, ni necesariamente exitoso— que tienen las interacciones interpersonales, en las cuales quienes participan despliegan estrategias y acciones para controlar las inferencias que los demás hacen de la propia imagen, al mismo tiempo que ponen bajo escrutinio la imagen que voluntaria e involuntariamente los demás producen de sí mismos.

Otro rasgo saliente y decisivo observado por Goffman (1971) es el carácter grupal y segmentado de gran parte de la vida cotidiana. Desde la puesta en funcionamiento de un restaurante hasta el desarrollo de una reunión corporativa o hasta la atención de un centro de salud, Goffman encuentra a los sujetos organizándose en “equipos”. Estos equipos (por ejemplo, el personal de un hotel, los alumnos de una clase) siguen reglas implícitas contextuales y operan de ordinario guiados por una voluntad general tácita que pugna en favor del sostenimiento de un “consenso operativo”. Este consiste en una suerte de “voluntad de que la situación funcione”, la cual introduce tolerancia, pero también rigideces, en función de que los roles propios y ajenos puedan sostenerse a pesar de las dificultades materiales o interpretativas con que se encuentren.

Si bien Goffman, a diferencia de Elias, no trabaja cómo los procesos históricos se articulan con las disposiciones individuales y subjetivas, puede afirmarse que ambos autores resultan complementarios a la hora de configurar un marco analítico para abordar sociológicamente el problema de subjetivación. Mientras que Elias alerta sobre la variabilidad histórica de las disposiciones individuales y, más en particular, sobre cómo ciertos procesos sociales pueden guiar o darse a la par de

transformaciones en parámetros del sentir o del actuar individuales, Goffman amplía el conocimiento sobre el carácter complejo y nada lineal de las interacciones cara a cara y de las experiencias cotidianas. Si los sujetos —en marcos institucionales, pero también en situaciones menos estructuradas (Goffman, 1972)— subvierten las metas institucionales, desvían las acciones ajenas y esconden sus rasgos para obtener mejores resultados, las posiciones teóricas que asumen en sus supuestos la socialización individual como un proceso unidireccional y mecánico según el cual las personas meramente introyectarían normas en las diferentes etapas de su vida se vuelven casi imposibles de sostener.

Finalmente, la tercera autora que forma este marco conceptual sobre la subjetivación es Arlie Hochschild. Esta autora estadounidense trabajó extensamente en investigar los puntos de intersección en contextos contemporáneos de los mundos domésticos y del cuidado con las trayectorias laborales y profesionales (Hochschild, 1997; Hochschild y Machung, 1989). En el marco de estos trabajos, Hochschild realizó aportes significativos para vincular la sociología con el campo de la investigación de las emociones (De Grande, 2019; Hochschild, 1975; Luna Zamora, 2000; McCarthy, 1989). El primer hecho que esta autora señala es que, si bien existió siempre en sociología un lugar para las emociones, como por ejemplo, en las acciones que podían trascender en sus motivaciones a la lógica del cálculo (Weber, 1998), este lugar nunca dejó de ser marginal y de aparecer señalado como un rasgo que en la modernidad (o en la civilización occidental) sería secundario con relación a otros modos de comportamiento de tipo más “racional” (junto a lo emocional como algo abrupto e infrecuente).

Hochschild argumenta que esta marginalidad sería un resultado ideológico de los análisis centrados en promover una imagen “racional” del sujeto legítimo moderno, la cual contrastaría con la omnipresencia de los fenómenos de naturaleza emocional en la vida cotidiana. Al igual que otros autores, sostiene que la emocionalidad es parte de toda experiencia humana (Le Breton, 1999, p. 11), por lo que postula como necesaria una sociología *con emociones* antes que una sociología *de las emociones* (Hochschild, 1975). Sostiene una posición teórica que significaría, según ella, un giro respecto a los esquemas explicativos de Freud y de Goffman. Hochschild ve al primero de estos autores

como el portavoz de un modelo de subjetividad emotiva pero inconsciente y al segundo como un defensor de un modelo de subjetividad primariamente consciente pero racional.

La autora propone superar estas dos posiciones y percibir a los actores como seres emotivos y conscientes, para quienes la emotividad es en muchos aspectos visible tanto interna como externamente: identifican e inciden en sus propias emociones, sean o no adecuadas, sean o no deseadas, así como buscan decodificar y ponderan las emociones ajenas (Hochschild, 1975). Tendiendo puentes explícitos con las obras de Elias y de Goffman, acuña los términos de *reglas del sentir* y de *trabajo emocional*, para dar apoyo a la investigación de la percepción, gestión y relación de las personas y sus emociones (Bericat Alastuey, 2000).

La emotividad, como campo postergado de la investigación social, completa el nivel de la subjetividad, para el cual hemos tomado tres autores. Sin agotar los múltiples elementos que podrían señalarse en este nivel, estos permiten dar contenido y funcionan como referencias para la profundización teórica y empírica de su investigación. El nivel de la subjetivación, al igual que los demás niveles, existe en referencia y con relación a los otros, lo que resulta evidente si nos figuramos cualquier proceso concreto de subjetivación (de procesamiento o acción personal de una vivencia), la cual estará de inmediato plena de efectos y elementos “estructurales” (de más larga duración u objetivación) y de prácticas de interacción (con otros, para otros, en relación).

La escala

Por último, es importante establecer que estos niveles, tal como fueron elaborados, no deben confundirse con las escalas de análisis que la investigación pueda asumir (Alexander y Giesen, 1987). Esta clase de malinterpretación haría suponer, por ejemplo, que el nivel de la estructuración se corresponde con los análisis macrosociales o que el nivel de la subjetivación se corresponde con los análisis microsociales.

Tomando el término prestado de la teoría de redes, diremos por el contrario que los niveles del modelo son, a los fines de este, *libres de escala*. La escala de análisis es independiente del contenido de cada uno de ellos. En este sentido, si llamaremos “nivel de la estructuración” a aquel que subsume fenómenos relacionados con procesos de

larga duración y con fenómenos de permanencia en el tiempo, cabe comprender que estos pueden ser investigados por rasgos de nivel macrosocial (por ejemplo, por medio de características del mercado de trabajo o de la estructura productiva nacional en un momento determinado), pero también por manifestaciones perceptibles a nivel microsocia, que van desde el mobiliario en una vivienda a la forma de acceso que el transporte urbano dispone.

Del mismo modo, el nivel de la subjetivación —organizado principalmente por la capacidad de dar sentido a una situación o a una vivencia— puede ser investigado a diferentes escalas, involucrando tanto a actores individuales como colectivos. Y lo mismo ocurre con el nivel de las interacciones. Si tomamos por ejemplo el lenguaje como un elemento estructural (pues antecede a los actores y típicamente los sobrevive), diremos que puede ser analizado desde una perspectiva macrosocial (al compararse registros discursivos en diferentes regiones de un país), pero también desde una mirada microsocia (en el análisis, por ejemplo, de actos de una conversación cotidiana). Para cada investigación, los niveles que entran en juego deberán explicitar en qué escala de observación y análisis serán trabajados.

En el caso de la investigación que estaremos tomando como referencia, el modelo se utilizó abordando la estructuración desde indicadores macrosociales (posición en la estructura de ingresos y de credenciales educativas), el nivel de la subjetivación a partir de la percepción individual de los participantes (percepción de libertad) y el nivel de la interacción desde una perspectiva “meso” (de articulación de actores) (figura 1).

Figura 1. Niveles estructurales del modelo utilizado en De Grande (2019)

Nivel conceptual	Nivel operativo	Nivel de medición	Plano
Estructuración	Clase social	Capital económico y educativo	Macro
Interacción	Redes personales	Lazos interpersonales	Meso
Subjetivación	Libertad percibida	Representaciones del entorno y de sí	Micro

Fuente: elaboración propia.

Reponer la interacción

Este capítulo tuvo el propósito de relatar la experiencia de construcción de un marco teórico con perspectiva relacional. Para ello, se comentaron las condiciones en las cuales este marco fue elaborado, y en qué sentido podría ser considerado como un caso teórico.

La convicción que me acompañó al inicio de esa investigación fue que una perspectiva relacional debe reponer el nivel de las interacciones, sin por ello anular la mirada de otros tipos de fenómenos. Se trataría de este modo de recuperar y hacer lugar a un conjunto de dinámicas y aspectos que han perdido centralidad en las narrativas de ciencia social (las relaciones y la interacción), frente a un mundo que (a la inversa) se enuncia como crecientemente conectado y social. A diferencia de iniciativas que reemplazan marcos, métodos y problemas de investigación no relacionales por unos que sí lo sean, reponer la interacción supone el desafío de mantener las preocupaciones y los aportes de investigaciones que han ignorado las relaciones interpersonales y la interacción en general, para reformularlas en un contexto donde las relaciones y los intercambios sean explicitados.

Este capítulo presentó el esquema teórico utilizado al poner en práctica tal criterio: para investigar el lugar de la interacción en la percepción de la libertad, las teorías y evidencias de la estructuración y de la subjetivación fueron útiles y apropiadas. En este sentido, la opción de la integración teórica — con todas las dificultades terminológicas y sustantivas que conlleva — resultó preferible a hacer propias luchas intelectuales donde parecería necesario elegir entre polaridades explicativas tales como lo microsocioal o lo macrosocioal, lo estructural o lo subjetivo, la cuantitativo o lo cualitativo, lo cultural o lo funcional, lo atributivo o lo relacional.

Si bien hemos comentado los efectos teóricos de esta perspectiva en la experiencia relatada, reponer con éxito lo interaccional puede afectar también otros procesos y etapas de la investigación más concretos. Incorporar preguntas e indagaciones sobre el “con quién”, el “para quién” y el “por quién” de los procesos sociales despliega nuevas exigencias en el diseño de la investigación, el trabajo de campo y el análisis de las evidencias. El andamiaje teórico puede dialogar y mutar en el interjuego con las estrategias metodológicas viables en cada

caso, y con todo aquello que cada contexto investigado reformula y agrega al aproximarlos. El esquema que se ha presentado tiene por objeto servir de referencia, de antecedente o de caso práctico para quienes busquen, en otros contextos, elaborar nuevos equilibrios teóricos a partir de modelos preexistentes para fenómenos que quieran ser aproximados desde una perspectiva relacional.

Referencias bibliográficas

- Alexander, J. (1989). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Alexander, J., y Giesen, B. (1987). From reduction to linkage. The long view of the micro-macro debate. En A. Giddens y J. Turner, *Social Theory Today* (pp. 273-308). Cambridge: Polity Press.
- Allport, G. (1954/1977). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Anfara, V. A., y Mertz, N. T. (2015). Setting the Stage. En Anfara, V. A. y Mertz, N. T. (Eds.), *Theoretical frameworks in qualitative research* (pp. 13-28). Thousand Oaks: Sage.
- Bagnasco P., Bagnasco, A., Piselli, F., Pizzorno, A., y Trigilia C. (2004). *El capital social. Instrucciones de uso*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Barrón López de Roda, A., y Sánchez Moreno, E. (2001). Estructura social, apoyo social y salud mental. *Psicothema*, 13(1), 17-23.
- Benveniste, E. (1999). El aparato formal de la enunciación. En *Problemas de lingüística general II* (pp. 82-91). México: Siglo XXI.
- Bericat Alastuey, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 62, 145-176.
- Blau, P. (1964/1982). *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona: Hora.
- Bourdieu, P. (1992/2005). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). Las formas del capital. En *Poder, derecho y clases sociales* (cap. 4), (pp. 131-164). Bilbao: Desclee.
- Bourdieu, P. (2002). Condición de clase y posición de clase. *Revista colombiana de sociología*, 7(1), 121-141.
- Burt, R. (1984). Network Items and the General Social Survey. *Social Networks*, 6, 293-339.

- Burt, R. (2000). The Network Structure of Social Capital. *Research in Organizational Behavior*, 22, 345-423.
- Callinicos, A. (1987). *Making History: Agency, Structure and Change in Social Theory*. Cambridge: Polity Press.
- Castro, R., Campero, L., y Hernández, B. (1997). La investigación sobre apoyo social en salud: situación actual y nuevos desafíos. *Rev. Saúde Pública*, 31(4), 425-435.
- Cooley, C. (1929). *Social organization*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Crossley, N. (2001). *Towards Relational Sociology*. Oxon: Routledge.
- De Federico de la Rúa, A. (2003). La dinámica de las redes de amistad: La elección de amigos en el programa Erasmus. *Revista REDES*, 4(3), 1-44.
- De Grande, P. (2019). *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual*. Buenos Aires: Editorial Universidad del Salvador.
- Degenne, A., y Forsé, M. (1999). *Introducing Social Networks*. Londres: Sage Publications.
- Durkheim, É. (1897/2006). Libro II, Capítulo V, Secciones II y III. En *El suicidio* (pp. 354-368). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (2006). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fischer, C. (1982). *To Dwell among Friends: Personal Networks in Town and City*. Londres: University of Chicago Press.
- Forni, P., y Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *Revista REDES*, 9(5), 1-25.
- Foucault, M. (1999). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Foucault, M. y Deleuze, G. (1980). Los intelectuales y el poder. En M. Foucault, *Microfísica del poder* (pp. 77-86). Madrid: Gedisa.
- Giddens, A. (1973). *The Class Structure of the Advanced Societies*. Nueva York: Harper & Row.
- Giddens, A. (1999). La teoría de la estructuración (entrevistado por Kiessling, Bernd). En P. Aronson y H. Conrado (Comps.), *La teoría social de Anthony Giddens* (pp. 49-73). Buenos Aires: Eudeba.

- Goffman, E. (1959/1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (1961/1972). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Granovetter, M. (1983). The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 1, 201-233.
- Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Hochschild, A. (1975). The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. *Sociological Inquiry*, 45(2-3), 280-307.
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- Hochschild, A. (1997). *The time bind: When work becomes home and home becomes work*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Hochschild, A., y Machung, A. (1989). *The Second Shift*. Nueva York: Penguin.
- Homans, G. C. (1958). Social Behavior as Exchange. *American Journal of Sociology*, 63(6), 597-606.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lee B., y Campbell K. (1999). Neighbor Networks of Black and White Americans. En Wellman, B. (1998) (ed.), *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*, (pp. 119-146). Boulder (EE. UU.): Westview Press.
- Lin, N. (2001). *Social capital: a theory of social structure and action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, N., Simeone, R., Ensel, W., y Kuo, W. (1979). Social support, stressful life events, and illness: A model and an empirical test. *Journal of Health and Social*, 20(2), 108-119.
- Luna Zamora, R. (2000). Introducción a la Sociología de las Emociones. *Revista Universidad de Guadalajara*, 18, 1-6.
- Martínez, R. (1999). *Estructura social y estratificación. Reflexiones sobre las desigualdades sociales*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Marx, K. (1847/1987). *La miseria de la filosofía*. México D. F.: Siglo XXI.
- Marx, K. (1852/2003). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- McCarthy, E. (1989). Emotions are social things: an essay in the sociology of emotions. En Franks, D. y McCarthy, E. (eds.) *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers*. Greenwich (EE.UU.): JAI Press.
- Merton, R. (1946/1964). *Teoría y estructuras sociales*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Merton, R. K. (1949/1980). Tipos de influencia: influyentes locales e influyentes cosmopolitas. En *Teoría y estructura sociales* (pp. 471-504). México: Fondo de Cultura Económica.
- Molina, J. L. (2001). *El análisis de redes sociales. Una introducción*. Barcelona: Bellaterra.
- Morales Domínguez, J. (1978). La teoría del intercambio social desde la perspectiva de Blau. *REIS*, 4, 129-146.
- Moreno, J. (1934/1962). *Fundamentos de sociometría*. Buenos Aires: Paidós.
- Piovani, J. (2011). La escuela de Chicago y los enfoques cualitativos: términos y conceptos metodológicos. *Papers*, 96(1), 245-258.
- Powell, C., y Dépelteau, F. (Eds.) (2013). *Conceptualizing Relational Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rule, P., y John, V. M. (2015). A Necessary Dialogue: Theory in Case Study Research. *International Journal of Qualitative Methods*, 14(4), 1-11.
- Santana, J. (2003). Gramsci y la concepción marxiana de las formas sociales históricamente determinadas. *Archivo Chile del Centro de Estudios "Miguel Enríquez"*. Descargado de http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/gramscia/s/gramscisobre0017.pdf
- Scott, J. (1991). *Social Network Analysis. A Handbook*. Londres: Sage Publications.
- Simmel, G. (1902). The Number of Members as Determining the Sociological Form of the Group. I. *The American Journal of Sociology*, 8(1), 1-46.
- Simmel, G. (1917/2002). La sociabilidad. En Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología* (pp. 77-102). Barcelona: Gedisa.

- Sorokin, P. (1998/1927). *Social Mobility*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Tarde, G. (2011). Qué es la sociedad. En *Creencias, deseos, sociedad* (pp. 35-67). Buenos Aires: Cactus.
- Thibaut, J., y Kelley, H. (1959). *The social psychology of groups*. Nueva York: John Wiley & Sons Inc.
- Urteaga, E. (2013). El pensamiento de Norbert Elias: proceso de civilización y configuración social. *BARATARIA. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 16, 15-31.
- Van der Gaag, M. (2005). *Measurement of Individual Social Capital*. Amsterdam: University of Groningen and Vrije Universiteit.
- Wasserman, S., y Faust, K. (1994). *Social Network Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weber, M. (1922/1998). "Concepto de la acción social", "Comunidad vecinal, comunidad económica y ayuntamiento" y "División del poder en la comunidad. Clases, estamentos y partidos". En *Economía y sociedad* (pp.18-39, 293-296, 682-694). México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Wellman, B. (1998) (ed.). *Networks In The Global Village: Life In Contemporary Communities*. Boulder (EE. UU.): Westview Press.
- Whyte, W. F. (1943/1958). *Street Corner Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Wright, O. (1985). *Classes*. Londres: Verso.
- Wright, O. (1996). The continuing relevance of class analysis. *Theory and Society*, 25(2), 693-716.